

Cuadernos del Sur

Año 17 - Nº 31

Abril de 2001

Tierra  fuego
del

Postales de la Comuna 1871 - 2001

El historiador siempre olvida algunos detalles llenos de color
Antonin Artaud

1. Corría 1871 en la ciudad de París. El calor del fuego arreciaba las frentes de numerosos transeúntes de la calle principal, que llevaba a la plaza principal. Algunas banderas rojas y negras flameaban al compás del viento, como preanunciando quién sabe qué acontecimiento inolvidable. En un pequeño banco, un joven se aprestaba a introducir suavemente unos gramos de pólvora en su escopeta. Respiraba una y otra vez por su boca, ya que desde muy pequeño se acostumbró a hacerlo de esa manera. En numerosas ocasiones, había intentado contenerse cerrando sus labios, pero el ejercicio siempre terminaba siendo en vano. Lo cierto es que esa mañana, en pleno apogeo insurreccional, se disponía a realizar un certero disparo. Su objetivo era el reloj de la ciudad. “El tiempo -pensaba- ya no será el mismo después de este evento tan glorioso”. Había, pues, que detenerlo. No dudó un instante más. Apuntó su desgastado rifle y presionó el gatillo como quien acaricia a una amante. La bala salió despedida, relampagueante y voraz. El disparo había dado en el blanco. Las agujas sangraban heridas de muerte, y los envejecidos números masticaban con igual rabia el hecho. Nacía una nueva época, y ese disparo no era más que el *réquiem*, escrito en el aire, para un agonizante tiempo homogéneo.

2. Las mujeres trasladaban los escombros. Los hombres, los pocos fusiles que aún quedaban con balas. A las puertas de París, las tropas de Thiers acechaban como un lobo indómito. Dentro de un barril, muerto de miedo, se escondía un vagabundo llamado Louis. El había visto, por primera vez, bailar hasta el amanecer a los ancianos y niños de la ciudad. No entendía muy bien qué significa eso de la “abolición del Estado”, pero se sentía muy a gusto con quienes lo pregonaban a gritos por las calles, en especial con aquellos más radicalizados que, movidos por su ira, habían destrozado a mazazos la antigua iglesia del pueblo, esa misma que le negaba en tiempos pasados asilo. De ahí que, afrontando su temor extremo, decidió ayudar en las precarias barricadas, armadas a lo largo de su enorme morada a cielo abierto. La palabra libertad era en aquel ámbito más concreta y material que nunca, y eso Louis lo sabía, aún sin haber leído a Proudhon, Marx o Blanqui. “¿Sabes que es la revolución?”, susurró al oído de una rubia muchacha, cuya cintura denotaba el germen de una vida nueva. La joven, dubitativa, no arriesgó definición alguna. Sonriendo, Louis le dijo: “es el orgasmo del pueblo, y lo más grandioso es que se está consumando en mi propia habitación”.

Hernán Ouviaña